

bellecer las grandes ciudades de Egipto y ejecutaron obras en Tebas como el gran templo de Amon, en Bubaste, en el Delta, donde cuentan que se encontró la hermosa estatua de Sovkohtpu Khanofirri, que hoy está en el Louvre, y en Tanis, donde parece que tuvieron una de sus residencias favoritas.

Veneraron particularmente el santuario de Abidos. El rey Nofirhotpu Khasoshshuri le concedió donativos considerables, y Ranuzir Raumatan lo restauró por mediación de uno de sus oficiales. Sovkumsanf Skemonaskuri le consagró su estatua, y los particulares prodigaron sus favores al templo de Osiris. El estilo de las obras de aquella época empieza á ser inferior al de las de la dinastía XII. Las proporciones de la figura humana comienzan á alterarse, el modelado de los miembros pierde vigor y perfección. A pesar de los defectos, la mayor parte de las estatuas reales conocidas hasta ahora son de una belleza pocas veces alcanzada en épocas posteriores. Basta examinar con cuidado una de ellas y recordar que las hay semejantes á lo largo de todo el valle del Nilo, desde la tercera catarata hasta las bocas del río, para reconocer que entonces fué Egipto una gran potencia que obedecía á un solo cetro y no un Estado dividido en dos reinos independientes, ó poseído militarmente por los reyes Pastores establecidos en el Delta.

¿Fueron tan felices los últimos años de la dinastía XIII como los primeros? No puede decirse, dado el estado actual de la ciencia. Puede, sí, afirmarse que los monumentos son escasos, y no tienen el mismo mérito que los primeros. Las listas de Manetón registran un hecho cierto: el centro del poderío egipcio cambió de lugar entonces. La preponderancia ejercida por Tebas durante setecientos años, se transmitió á las poblaciones del Delta. Los Faraones de las dinastías XII y XIII (éstos sobre todo) habían preparado tal resultado favoreciendo al Norte, á Mendes, á Sais, á Bu-

baste, á Tanis, en detrimento del Mediodía. Cuando aquéllos desaparecieron, perdió Tebas su categoría de capital y le sucedió Xoís, ciudad del Bajo Egipto. El Delta se había aprovechado de las obras ejecutadas por los tebanos, tanto como el valle propiamente dicho, ó más. Sus pantanos estaban cegados, saneados sus campos, regularizados sus canales y lo enriquecía sin cesar el comercio con Asia. Xoís, situada en el centro de la llanura, y que hasta entonces había hecho poco papel, pareció haber ganado más que otras ciudades con la prosperidad general. La dinastía XIV, salida de sus muros, contó, según dicen, 75 reyes, que reinaron cuatrocientos noventa y cuatro años. Sus nombres llenan columnas de las páginas del papiro de Turín, y los guarismos que indican la longitud de su reinado son á veces muy bajos. Se ve que se sucedieron en el trono muy rápidamente, pero se desconoce su historia. Puede suponerse que los últimos fueron destronados por revoluciones y guerras civiles.

Véase el cuadro de la XII dinastía.

XI DINASTÍA (DIOSPOLITANA)

(?)

XII DINASTÍA (DIOSPOL)

I. Shotfabri.	IX. Amenemhait.
II. Kopivkevi.	X. Usirtasen I.
III. Noubkouri.	XI. Aenemhait II.
IV. Khakhopiri.	XII. Usirtasen II.
V. Khakhouri.	XIII. Usirtasen III.
VI. Raumait.	XIV. Amenemhait III.
VII. Makbrouri.	XV. Amenemhait IV.
VIII. Sovkunofriu.	XVI. Sookhunofriu.

XIII DINASTÍA (DIOSPOLITANA)

(?)

XIV DINASTÍA (XOITA)

(?)

LIBRO II

EL ASIA ANTERIOR, ANTES Y DURANTE EL TIEMPO DE LA DOMINACION EGIPCIA

CAPÍTULO I

La Caldea.

Pobladores primitivos de Caldea.—La creación; el diluvio.—Historia fabulosa de Caldea; sus primeros reyes históricos.—La invasión cananea y los Pastores en Egipto.

Al Norte y al Este de Africa, en la inmensa extensión de territorio comprendido entre el Mediterráneo, el Mar Negro, el Cáucaso, el Caspio, el Indo y los mares que bañan las costas meridionales de Asia, se agitaban confusamente naciones de diverso origen, desconocidas casi todas para los primeros Faraones.

Separado de ellas por el desierto y el mar, nunca se había entrometido Egipto en sus asuntos. Si acaso, había llevado sus colonias mineras hasta el Sinaí, construyendo algunas fortalezas para proteger á los colonos. Una muralla á través del istmo le servía de valladar contra todo lo que le amenazaba desde Siria, y le permitía seguir, libre de las invasiones del Norte, el curso de sus destinos. Algunas de estas naciones, sin nombre y sin historia, pertenecían indudablemente á aquella humanidad primitiva que cubrió la tierra en épocas tan remotas, que sólo al geólogo corresponde buscar su fecha.

La mayor parte estaban emparentadas con razas más fuertes y nobles, esparcidas desde las orillas del mar Caspio hasta las del Mediterráneo. Procedían, al parecer, de las estepas del Asia septentrional y bajaron hacia el Sur en busca de climas más suaves y de comarcas más fértiles. Parte de los emigrantes ocupó los distritos montañosos que se extienden al Sur del Caspio, junto á la meseta de Irán. Al pie de las montañas, el país tiene arbolado y agua. Hacia el interior los ríos disminuyen en caudal, y acaban por perderse en los arenales, excepto dos ó tres que desaguan en el lago Haunin. Menos la faja de tierra unida á sus riberas, el resto de la co-

marca es un desierto salado ó formado de grava y arena fina y movediza, con la cual levanta el viento inmensas olas longitudinales, ó de arcilla endurecida por el sol. La masa de la nación se estableció sólidamente en la linde horizontal de la meseta, á cuya región se dió más adelante el nombre de Media. Varias tribus se fueron al Oeste, á Atropatena, á Armenia y hasta al Asia Menor. Otras se dirigieron hacia el Sur y se fijaron allende las montañas, en las llanuras de Susiana y á orillas del Tigris y el Eufrates.

Estos ríos nacen en Armenia, en el monte Nifates, la más alta de las cordilleras que se yerguen entre el Ponto Euxino y Mesopotamia, la única que en ciertos sitios llega á la línea de las nieves perpetuas. Corren al principio paralelos, el Eufrates de Este á Oeste



Un arplista egipcio.

hasta Malatiyeh, y el Tigris de Oeste á Este, en dirección á Asiria. Más allá de Malatiyeh el Eufrates se desvía bruscamente al SO., se abre camino á través del Tauros y luego al SE. hacia el golfo Pérsico. Al salir de las montañas, el Tigris se inclina al Sur sin vacilaciones y se va acercando al Eufrates. Cerca de Bagdad, no separa á ambos ríos más que un terreno bajo y llano de pocas leguas; pero todavía no se juntan. Después de correr próximos de 20 á 30 millas, se separan, y se vuelven á unir 80 leguas más abajo, para formar el Shatt-el Arab y desaguar en el golfo Pérsico. Ambos reciben afluentes, y son navegables en gran parte de su curso; el Eufrates desde Soumeisat, y el Tigris cerca de Musul. Al derretirse la nieve, á principios ó mediados de Abril, crecen, se desbordan y no vuelven al

cauce hasta Junio, cuando hace más calor. La cuenca del Eufrates y el Tigris no tuvo siempre el mismo aspecto que hoy. A principios de nuestro período geológico ambos ríos recorrían una llanura ondulada, de formación secundaria, surcada por las pocas corrientes de agua que caen del monte Masios. Es un territorio fértil á orillas de los ríos y cerca de los manantiales, pero estéril y pelado en el resto de la comarca. Toda la parte inferior del valle es un terreno de origen relativamente moderno, creado por los aluviones del Tigris, del Eufrates y de otros ríos que hoy son afluentes de éstos. Sigue avan-



Los colosos de Memnón. (Nordeste de Tebas.)

zando todavía el delta del Shatt-el-Arab, y cada veinte años crece la ribera una milla inglesa. Antes era mayor el crecimiento del barro y debía representar una milla cada treinta años, de modo que cuando los colonos llegaron al valle del golfo Pérsico penetraba éste 40 ó 50 leguas menos arriba que hoy. El Tigris y el Eufrates terminaban entonces en distintos sitios y no mezclaron sus aguas hasta varios millares de años después.

La región de los aluviones y sobre todo la mitad que confina con las costas del golfo Pérsico, fué el asilo de los primeros colonos. Era una inmensa llanura baja sin fragosidad alguna. Una parte del suelo, privada siempre de agua, se endurecía á los rayos de un sol abrasador; otra parte desaparecía casi por completo debajo de los montones de arena traídos por el viento del desierto. Lo demás era una laguna apestosa, llena de juncales, cuya altura variaba entre doce

y quince pies. No le faltaban recursos al país, que si no posee higueras, viñas ni olivares, da trigo y dátiles. El mijo y el sésamo abundaban también; de esto último se extraía aceite, y según Estrabón, del cual tomamos estos datos, las palmeras servían para 360 usos diversos. Abundaban también los pescados, especialmente barbos y carpas. En cambio Caldea era inferior á Egipto en no poseer caliza compacta, mármol, basalto, granito ni ninguna de las piedras duras que utilizaban los artistas egipcios para sus trabajos. Los arquitectos caldeos tenían, pues, que acudir al barro para construir, y usaron mucho los ladrillos, así es que sus obras no han podido resistir la acción del tiempo, y se han deformado hasta el punto de no ser más que montones de arcilla.

Los shumero-accadianos, á su llegada á orillas del Eufrates, constituidos en cuerpo de nación, conocían la escritura, las diferentes industrias necesarias á la humanidad, y tenían religión y legislación completas. Su escritura era jeroglífica en su origen como la de Egipto y cada signo era la imagen de la cosa que se

quería expresar ó del objeto material más análogo á la idea abstracta de que había que dar cuenta. La imagen primitiva se fué alterando por torpezas de escribientes y grabadores, y llegó á ser imposible discernir en el conjunto de trazos ó clavos que formaban un grupo, el tipo que debían representar. Los modernos han gastado años enteros en penosas investigaciones para orientarse satisfactoriamente y descifrar aquel silabario. Los mismos asirios y babilonios se confundían muchas veces, á pesar de practicar diariamente el sistema.

El progreso material de la civilización fué rápido desde el principio. En los jeroglíficos figuran los signos de los metales usuales y preciosos y demuestran que los primeros habitantes de Caldea practicaban el arte del fundidor y el del orfebre. Las tumbas más antiguas contenían objetos de oro, bronce y hierro, cuchillos, hachas, hoces, pulseras y pendientes

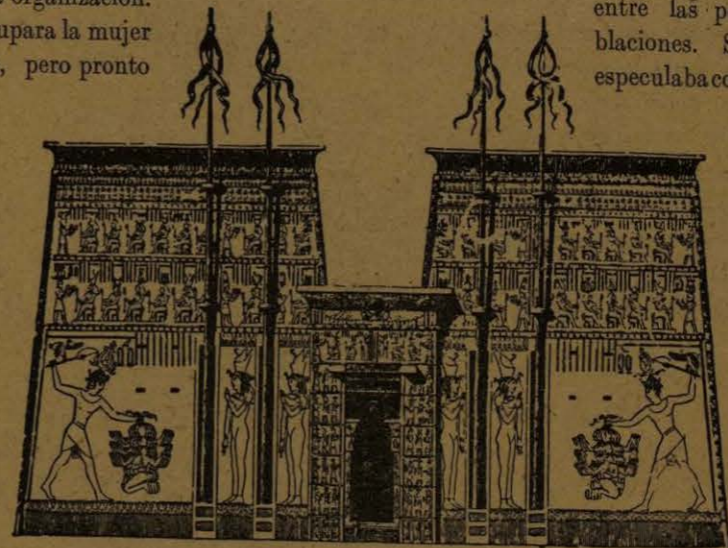
cincelados. También había instrumentos y armas de pedernal pulimentado. El metal más común era el bronce. El hierro escasea más, y por lo difícil de su producción debía de ser considerado como metal precioso y sólo se utilizaba para las alhajas. El tejido, la cerámica, la cestería y la ebanistería, estaban tan desarrollados como en el primitivo Egipto. Parece que el pueblo de las ciudades y aldeas estaba dividido en *clanes* cuyos miembros se suponían procedentes de un origen común. No todos disfrutaban de la misma posición social, pues unos habían llegado á las categorías altas, mientras otros estaban en las últimas capas sociales. Las familias de cada clan tenían una sólida organización.

Puede ser que al principio ocupara la mujer la posición más importante, pero pronto empezó el hombre á ser el jefe de la comunidad al cual obedecían esposas, concubinas, hijos, servidores y esclavos. Su autoridad era absoluta en el orden civil y en el religioso. El era quien ofrecía sacrificios á los dioses, administraba la fortuna patrimonial, y tenía derecho sobre la vida de sus hijos, ninguno de los cuales podía casarse sin su autorización. El matrimonio se

registraba en un contrato civil mediante el cual pasaba la dote de la mujer de manos del padre á las del marido, y luego era sancionado por una bendición religiosa. Sólo la muerte ó el divorcio podían sustraer la esposa á su señor y dueño, y aun el divorcio no constituía un derecho más que para el hombre. Sin embargo, las damas de la clase noble disfrutaban de cierta independencia; conservaban la libre disposición de sus bienes y podían vender, comprar, comerciar y dedicarse á la usura en su propio nombre. La maternidad era el primer deber de todas: se consideraba malditas á las estériles y á veces se las expulsaba de la casa, por temor de que trajeran la mala suerte. Abundaban, pues, los niños en las casas, y cuando faltaban por cualquier causa fortuita, se adoptaba á otros que, tomando el nombre genérico, evitaban que se extinguiera la raza. Los hijos que arruinaban á sus padres eran severamente castigados: se

les desterraba ó vendía como esclavos. La población servil era enorme y abarcaba prisioneros de guerra, caldeos de origen, castigados por sus crímenes, y esclavos de nacimiento, cuyos antepasados habían desconocido la libertad desde muchos siglos antes. Su vida era penosa. Eran propiedad absoluta de sus amos; pero á veces se les trataba con dulzura y podían adquirir con su industria un peculio del cual disponían para redimirse. Los libertos eran ciudadanos de la población en que se instalaban, y sus hijos lograban las mismas dignidades que los personajes de antigua raza libre.

El comercio y la industria eran muy activos entre las poblaciones. Se especulaba con



Fachada del Templo de Edfú.

granos, telas, dátiles, ganado y esclavos, y los tratos estaban sujetos á convenios de clase muy variada. Además de los particulares, los templos prestaban dinero y la mayor parte de ellos eran verdaderas casas de banca. Millares y millares se han encontrado de contratos de préstamo, alquiler, recibos y listas de bienes hipotecados. Están redactados según formularios que varían y se completan de época en época, y cuyos términos están tomados de códigos promulgados en varias épocas por distintos soberanos. Uno de ellos, compilado el siglo XXIII antes de J. C. por Hammourahi, célebre rey de Babilonia (peró cuyos elementos constitutivos eran más antiguos) abarca en 282 artículos, breve y concisamente redactados, el derecho privado que resultaba de las costumbres y legislaciones anteriores. Se castiga en ellos severamente la corrupción y prevaricación de los magistrados. El arriendo de las tierras, el

riego, los pastos, la transformación de campos en jardines, las violencias contra personas y animales, todas las cuestiones de derecho rural, originan disposiciones numerosas, cuya tendencia no siempre se aprecia, porque carecemos de noticias sobre las costumbres campesinas, pero que denotan el deseo de asegurar la inviolabilidad de la propiedad territorial, protegiéndola contra las tentativas de usurpación de los poderosos. También se trata en el documento del comercio fluvial, alquiler de hombres y animales para la agricultura, el comercio ó la industria, tarifa de los salarios, y se atiende á la fiel ejecución de tales contratos. Luego vienen numerosos capítulos destinados á legislar sobre el matrimonio entre personas de la misma clase ó de clases distintas, sobre los derechos de los padres y los hijos recíprocamente, reparto de las herencias y estado civil de los esclavos. Hay cláusulas curiosas acerca de las responsabilidades de médicos y arquitectos respecto á sus clientes. Se les paga con generosidad, pero si ocasionan algún accidente, se les aplica la pena del Talión, hasta la muerte inclusive. Otras materias relativas á la religión, á la seguridad pública, á la guerra, á la condición de los extranjeros, debían de pertenecer á otros códigos que no conocemos, pues en éste apenas se tratan.

Las ciudades sometidas á estas leyes debían de ser muy parecidas á las egipcias. Erguíanse en ellas grandes templos, llamados *Ziggourat*, rectangulares y de tres, cuatro ó siete pisos, unidos entre sí por escalinatas exteriores. Desde lo alto de la capilla que les coronaba, veía el dios patrón sobre su ciudad y los sacerdotes guardaban en los edificios unidos á la pirámide los tesoros del dios. Solía haber un *Ziggourat* en cada residencia de soberano ó gobernador. El palacio estaba siempre sobre un cerro de tierra artificial, destinado á preservarlo de los ataques del pueblo rebelado ó de un ejército extranjero. Se llegaba á él por medio de escaleras fortificadas y junto á las salas de au-

diencia estaban las habitaciones privadas, el harém, el cuartel de los guardias, las habitaciones de los funcionarios de la corte, los arsenales, los almacenes, el Tesoro del Estado. El pueblo vivía en casas de ladrillo crudo, ya apretadas unas contra otras á lo largo de callejuelas estrechas, ya separadas por jardines ó canales. El mueblaje era muy sencillo. En las alcobas había esteras en el suelo, ó, si las casas eran muy ricas, camas muy bajas, formadas por cuadriláteros de madera con cuatro pies, que sostenían una red de cuerdas. En las demás habitaciones cofres ó armarios de madera con ropa, vajilla, víveres, utensilios de materias preciosas; en fin, todas las riquezas de la familia. El

hombre y la mujer del pueblo vivían poco en sus habitaciones: permanecían en el taller, en el almacén, y las mujeres andaban libremente por la población con la cara y el busto al descubierto, para ejercitar su profesión ó para las necesidades de su casa. Las mujeres ricas salían poco, para ir al templo á rezar ó para visitar los haremes próximos, siempre con velo y rodeadas de una comitiva de esclavos que las ocultaba á los ojos de la muchedumbre. Generalmente, permanecían en sus casas,

sin hacer nada ú ocupadas en alguna labor, sin más distracción que la charla de las amigas ó esclavas. Así es que la influencia femenil no se manifestaba al exterior como en Egipto: se ejercía sordamente, por medio de intrigas ó crímenes domésticos, análogos á los que más adelante deshonraron el imperio persa de los Aqueménides.

La misma mezcla de idiomas y razas que caracteriza la civilización antigua, aparece

en las religiones de Caldea. Compruébase en ellas la coexistencia de elementos á veces contradictorios, cuya presencia sólo se explica por la superposición de varios pueblos, aunque no sea fácil determinar su origen.



La esfinge de Guizeh luego de los trabajos realizados por Maspero, autor de la presente obra.



La esfinge de Gizeh.

El cuerpo estaba antes cubierto de arena y la cabeza muy desfigurada. Recientemente, Maspero, autor de la presente obra, emprendió la tarea de desenterrarla.

Parece que los primeros caldeos se formaban de nuestro mundo una idea análoga á la concebida por los egipcios. Pero, así como éstos lo creían una caja rectangular, los caldeos lo imaginaban como una barca vuelta del revés y hueca por abajo. En el hueco inferior se ocultaba el abismo, morada de tinieblas y muerte. En las pendientes de la superficie convexa se extendía la tierra propiamente dicha rodeada por el río Océano (Abzu). Mucho más allá del Tigris se erguía la montaña santa ó de los dioses, Karsag Khalamma, que era como el ombligo del mundo. Anna ó el cielo era un vasto casquete hemisférico, cuyo linderó inferior descansaba en los extremos de la barca terrestre, más allá del río Océano, rodeado por todas partes del agua primordial, de la cual había salido el Universo el día de la creación. El firmamento giraba alrededor de la montaña, arrastrando en su carrera á las estrellas fijas que esmaltaban su bóveda. Entre el cielo y la tierra circulaban los siete planetas, animales dotados de vida, y las

nubes, los vientos, los relámpagos, los rayos y la lluvia. La tierra descansaba en el abismo, y el cielo en la tierra. La imaginación de los primeros caldeos no intentó nunca averiguar dónde descansaba á su vez el abismo.

Poblaba este universo una muchedumbre de seres y razas de diversas clases, encerradas unas, como los hombres y las animales, en una porción pequeña del gran todo, dispersas otras indistintamente por todas las regiones, como los espíritus y los dioses. Los espíritus análogos en su origen á los duplicados egipcios, abarcaban, además de las almas de los muertos, todas las fuerzas, buenos, malas ó indiferentes de la naturaleza; disponían el bien y el mal á su gusto, regulaban el orden y marcha de los cuerpos celestes, distribuían las estaciones, dirigían vientos y lluvias, hacían germinar el grano y brotar las espigas y protegían ó ma-

taban cuanto tenía vida. Los dioses (*an, dingir, dimir*) son en esta religión los duplicados de primera categoría que dominan las cosas del mundo ó producen los fenómenos naturales. Un dios supremo manda en cada una de las tres zonas del universo: *Zi-Ana*, el espíritu del cielo, *Zi-Kia*, el de la tierra; *Enlil*, amo de los demonios en el fondo del abismo. *Zi-Ana* ó sencillamente *Ana*, era á un tiempo cuerpo y alma de la tierra, cielo material é inteligencia que rige la materia celeste. *Zi-Kia*, llamado *Ea* en Eridon, reina en la superficie terrestre, pero vive de preferencia en el río Océano. Se le suele llamar el gran pez del Océano, el pez sublime, y recorre su imperio en un navío simbólico, dirigido por sus hijos los dioses. Su compañera *Dam-Kina* ó *Davkina* es la personificación de la tierra, el dios la fecunda y da nacimiento á las aguas naturales que producen el verdor. *Enlil* y su forma feme-

nina *Ninlil* residen en el abismo infernal y reciben las supervivencias humanas en la hora de la muerte. Transportadas más allá del río eterno, llegaban las almas caldeas al pie de

la gran montaña occidental, tras la que se pone el sol y penetran en el *Kournoudé*, país inmutable, comarca de donde no se vuelve. Allí no hay recompensa para el justo ni castigo para el impío; la remuneración del bien y del mal comienza y acaba en la tierra. Sin embargo, en uno de los rincones del abismo brota un manantial de vida, disimulado por los genios infernales para que no lo vean las almas. Únicamente los dioses pueden autorizar su acceso y enviar de nuevo á las ciudades terrestres á las almas que han bebido aquellas aguas.

A las órdenes de los grandes dioses vivían innumerables dioses menores y espíritus, siempre luchando unos con otros. *Untou* ó *Babbar*, dios del sol diurno, limpia las malas influencias y burla las maquinaciones. *Bilgi* ó *Gishbar*, el fuego superior al mismo sol, es el pontífice supremo en la superficie de la tierra. *Marduk* ó

Asari, el que dispone el bien para los hombres, es el hijo de Ea, mediador entre su padre divino y la humanidad doliente.

Los demonios y espíritus malos se han escapado del infierno. Se ocultan bajo todas las formas para perjudicar á los espíritus buenos y á los hombres. Unos tienen categoría de semidioses y se llaman *mas* ó combatientes, *lamas* ó colosos, y otros están clasificados jerárquicamente en tribus de siete: *alal*, destructores; *telal*, guerreros; *maskim* ó acechadores. Algunos atacan el orden general de la naturaleza y tratan de trastornarla. Otros se juntan con los hombres para el mal, penetran de casa en casa, se deslizan como serpientes por las puertas, impiden que el marido fecunde á la esposa y roban al niño en las rodillas de la madre. Se agazapaban en los lugares desiertos y salían de ellos sólo para hostigar á las personas y á los animales. Se metían en los cuerpos y producían las enfermedades graves. La peste, la fiebre, el fantasma, el espectro, el vampiro, los incubos y súcubos eran otros tantos seres distintos pertenecientes á tan terrible casta. Para defenderse de ellos el hombre tenía que buscar aliados entre los dioses y los espíritus, proveerse de armas ofensivas y defensivas contra los demonios, es decir: dedicarse á la magia. Por esto el culto de los primeros habitantes de Caldea es una verdadera magia, en que los himnos á la divinidad parecen más bien ensalmos. El sacerdote era brujo.

Otra raza de temperamento y tendencias contrarias florecía junto á la anterior. La lengua que hablaba estaba emparentada con el hebreo, el árabe y demás idiomas semíticos. Sus orígenes son oscuros. Hay sabios que creen que procedía del Norte y del Oriente y otros que la suponen oriunda del Sur, en la península arábiga. Los monumentos más antiguos la presentan establecida ya en el Tigris, el Eufrates y el Golfo Pérsico. La porción más importante residía entre los dos ríos, junto á los primeros poseedores, y fué más adelante el elemento dominador de los pueblos mesopotámicos. Otras tribus, dispersas en los confines del desierto arábigo, y de los pantanos próximos á las bocas del Tigris, el Eufrates y el Uelo, se llamaban arameos. La tercera rama se implantó en la costa occidental del golfo Pérsico y en las islas próximas, Suor y Arad, Dilmuin ó Filoma, cerca de la desembocadura del Tigris. La religión de los recién venidos difería de la de los pobladores an-

tiguos. Adoraban éstos al dios Luna como ser supremo y no admitían más que una sola diosa, Ishtar, reina del amor y de la guerra. Había tantas Ishtar como centros religiosos. Los semitas exaltaban al Sol como superior á los demás dioses y reunían en una personalidad los dos principios, necesarios á toda generación, el masculino y el femenino. Anou, rey del cielo, se desdoblaba en Anat; Bilu, Bel, el señor, en Belit ó Beltis, y Marduk en Zarpanit. La fusión entre la religión semítica y la de sus antecesores se verificó lentamente y en circunstancias que desconocemos. Algunas divinidades principales se refundieron con otras. Los dioses inferiores quedaron confundidos con los 300 espíritus del cielo y los 600 de la tierra, sin perder nada de su primitivo significado. Aquella religión llegó así á ser una mezcla incoherente de nociones contradictorias tomada por un lado del ritual de los espíritus y de los conceptos mágicos de las tribus no semíticas, y por otro de los cultos solares y teorías astronómicas de los semitas.

Coexistían al principio los dioses sin dominarse unos á otros, y sin constituir jerarquías regulares. Cada uno era adorado con preferencia en una ciudad ó por un pueblo. El orden y preeminencia de los cultos divinos se alteraban al acaso de la política, y la ciudad más fuerte imponía sus dioses á los demás. Como en Egipto, la supremacía del poder político trajo consigo la de los cultos religiosos. Tendieron los dioses á convertirse en fuerzas y aspectos varios del dios adorado en la ciudad soberana. Hubo escuelas que proclamaron la unidad absoluta de la divinidad y dirigieron sus oraciones al dios único. Sus doctrinas no prevalecieron y desaparecieron pronto. Unos cuatro mil años antes de nuestra era, en tiempo de Shargina I, rey de Agadé, y de su hijo Naramsin, los sacerdotes tenían ya un sistema sabio, en el que los dioses estaban subordinados unos á otros. Sucedió á los cultos independientes una especie de religión oficial que reinó sola en Caldea, por lo menos á contar desde Hammurabi.

En el pináculo de la jerarquía está la tríada suprema: Anu, Bilu y Ea. En los monumentos, Anu ó el cielo, padre de los dioses y señor del mundo, tiene la forma de un hombre con cola de águila, cubierta la cabeza con la de un pescado monstruoso, cuyo cuerpo le cae sobre los hombros y riñones. Belo, el demiurgo, due-

ño de las comarcas y soberano de los espíritus, es un rey sentado en un trono. Tiene dos formas secundarias, Belo Marduk segundo demiurgo, en Babilonia, y Belo Dugan con cuerpo de pez y busto humano. Ea, guía inteligente, señor del mundo visible, es un genio con cuatro alas desplegadas como las de los querubines. Cada dios proyecta una divinidad hembra que viene á ser su reflejo; Anat (Anaitis), Belit (Beltis, Milita) y Dankina (Danké). Estas, menos vivas que sus asociados masculinos, se pierden unas en otras y se reúnen á veces en una sola diosa que toma el nombre de Belit y representa el principio femenino de la naturaleza, la materia húmeda y fecunda. La segunda trinidad contiene seres más definidos, emanaciones y símbolos de las anteriores. Se componen del dios luna Sin, el dios sol Shamash y la atmósfera Adad. Los caldeos, astrónomos ante todo, daban supremacía á la luna sobre el sol. Sin, el iluminador (Nannaru), era para ellos el jefe, el poderoso, el centelleante, y Shamach el gran motor, regente y árbitro del cielo y de la tierra. Adad (Mermeru), ministro del cielo y tierra, señor de los canales, tiene funciones benéficas y terribles. Es rey de la tempestad y dispone del rayo de cuádruple dardo. Luego había cinco dioses protectores de los planetas: Ninip (Saturno), Marduk (Júpiter), Nergal (Marte), Ishtar (Venus) y Nabu (Mercurio). Ninip fué considerado más adelante como encarnación del sol, del sol destructor del Mediodía. Se le representaba como un gigante que ahoga entre sus brazos á un león, y se le designaba con los títulos más enérgicos. Marduk fué elevado á la categoría de dios principal por los babilonios y se alió con Belo. Nergal se llama Gran héroe, rey de las peleas, campeón de los dioses. Tiene cuerpo de león con cabeza de hombre. Ishtar, como Anat y Beltis, personificó la naturaleza. Es guerrera y se la representa de pie encima de un león ó de un toro, con la tiara estrellada, armada de arco y carcaj. También es diosa de la voluptuosidad y la generación, y se le da el nombre de Zirbanit ó Larpanit. Entonces se la pinta de frente, desnuda, con ambas manos sobre el pecho. Nabu es el capitán del universo. Era tipo de lo mejor que existiese en la tierra, y modelo que debían imitar los reyes.

Los dioses de los cinco planetas, con el so-

berano y los de las dos trinitades, componían el consejo de los doce dioses que presidían á los doce meses del año y á los doce signos del Zodíaco. Su culto era el fundamento de la religión oficial, pero la piedad popular veneraba á muchas divinidades inferiores. Algunas de éstas eran contrafiguras de los demás dioses, á los cuales prestaban existencia distinta las tradiciones locales. Otras eran seres independientes y ejercían funciones importantes, dirigiendo constelaciones como Ashmoun y Kummur, ó interesándose por las cosechas. Baou era el caos, Martu, hijo de Anu, el Occidente, y Shutu el Sur. Muchos habían sido tomados á pueblos vecinos. Había otros dioses secundarios, en número de 36, cada uno de los cuales vigilaba la tierra durante diez días. Las prácticas del antiguo culto de los espíritus subsistieron en la magia y formaron una como religión popular no menos sólidamente organizada. El sacerdocio mágico abarcaba tres clases: los conjuradores, los médicos y los teósofos, y sus ritos y encantos nos han sido conservados en varias obras cuyos restos guarda el Museo Británico.

Además de los magos de acción benéfica, había el encantador, que invocaba á los demonios con intención criminal, el autor de maleficios, y el fabricante de filtros. El brujo caldeo, como su colega moderno, vendía venenos y desencadenaba con sus imprecaciones los espíritus infernales. A todo enfermo se le tenía por embrujado y sólo podía curarse por medio de un salmo contrario al que le había puesto malo. Por eso no había en Babilonia médicos, propiamente dichos; había sacerdotes brujos que vendían filtros y talismanes contra enfermedades. Indudablemente, una experiencia secular les había revelado las virtudes de cierto número de plantas y sustancias medicinales, y sus polvos y bebidas eran verdaderos remedios, pero cuando el enfermo se curaba, se atribuía el buen éxito al encanto y no á la medicina.

Al fundirse las razas que poblaban á Caldea, perdieron la memoria de sus emigraciones, y transplantaron el lugar de su nacimiento al país que creían venir

La creación y el diluvio.—Historia fabulosa de Caldea.—Primeros reyes históricos.

ocupando desde su origen. Según sus textos sagrados, cuando no había cielo ni tierra, Apsou, el abismo sin límites y Mummu Tiamat, el caos del mar, se unieron y procrearon á Lakhmou y á Lakhamu, seres fantásticos, semejantes á aquellos que figuran en los monumentos guerreros con cuerpo de ave. Eran hombres con cara de cuervo, toros con cabeza humana, perros de cuatro cuerpos y cola de pez. Nacieron luego Anshar y Kishar (el cielo y la tierra) y mucho después los dueños de la tierra, el cielo y el agua, Belo, Anou y Ea, que engendraron á los dioses menores del suelo, el firmamento y los astros. Viendo Tiamat restringirse su dominio por los esfuerzos de las divinidades más jóvenes suscitó contra éstas batallas de monstruos, provistos de armas terribles, y poniéndolos á las órdenes de su marido Kingou, les hizo asaltar el cielo. Los in-



Escribas egipcios con paletas iluminando papiros.

mortales empezaron por ser vencidos, pero Marduk, elegido campeón por los dioses, provocó á Tiamat á singular combate, lo atravesó con la lanza, lo hizo dos pedazos y colgó una de las dos mitades tan alta, que formó el cielo, mientras extendía á sus pies la otra para crear la tierra. Entonces se fijaron definitivamente las residencias de los astros, y se trazó el camino del sol, la luna y los planetas. Marduk acabó por pedir á su padre Ea que le cortara la cabeza, para que de su sangre mezclada con limo, naciese el hombre.

Este fué al principio bastante desdichado, y vivía como los animales, pero el primer año salió del Mar Rojo, en el sitio donde confina con Babilonia, un animal dotado de razón, llamado Oanes. Tenía cuerpo de pez, con dos cabezas, una de pez y otra encima de hombre, pie de persona, y voz humana. Pasaba el día entre los hombres, sin alimentarse, les enseñó las letras, las ciencias y las artes, la construcción de templos y ciudades, leyes y geometría,

siembra y recolección, dándoles cuanto endulza la vida. Al ponerse el sol, el monstruo Oanes se sumergía en el mar, en el cual se pasaba toda la noche, pues era anfibio. Escribió sobre el origen de las cosas y de la civilización un libro que entregó á los hombres. Transcurrió un largo intervalo entre esta manifestación del dios misterioso y la constitución de una dinastía mística. De esta dinastía se contaba que formaron parte Aloros, del cual se dice que fué elegido rey por la divinidad, y reinó tres mil seiscientos años. Alaparos, su hijo, que mandó durante tres saros (cada saros equivale á tres mil seiscientos años); Amilloros, que reinó trece saros, y en cuyo tiempo salió del Mar Rojo el primer Anedotos, muy parecido á Oanes por su forma, mitad de pez y mitad de hombre; Ammenon, que gobernó doce saros; Amelagaros, diez y ocho saros;

Davos, diez saros; Anonuto en cuyo reinado surgió del mar otro Anedotos, de la misma forma que el mencionado; Evedovancos, diez y ocho saros, en cuyo tiempo apareció otro monstruo; Ameupsinos, diez saros; Obartes, ocho saros, y su hijo Xisuthros, diez y ocho saros.

Los escritores clásicos se han mofado del fabuloso número de años asignado por los caldeos á sus primeros reyes, de cuya cuenta resulta que desde la creación hasta el diluvio transcurrieron seiscientos noventa y un mil doscientos años. Por eso algunos historiadores modernos han dado á aquellos diez reyes carácter astronómico, suponiendo que personificaban diez de los signos del Zodíaco. La duración de cuatrocientos cincuenta y dos mil años atribuida al conjunto de sus reinados (cuarenta y tres mil doscientos para cada uno) se ha calculado indudablemente, de tal modo, que pudiese entrar en un período astronómico de doce veces cuarenta y tres mil doscientos años, cuya existencia parece demostrada, aunque se desconozcan su origen y su razón. Los tiempos anteriores al diluvio eran como un período de ensayo durante el cual la humanidad, bárbara todavía, necesitó los socorros del cielo para vencer las dificultades que la asaltaban.

Entre tanto, los hombres se habían hecho

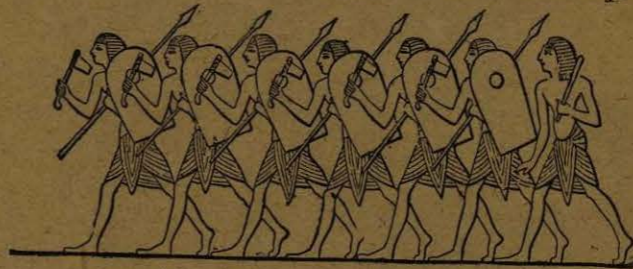
malos, y Belo resolvió destruirlos, en tiempo de Xisuthros, al cual avisó para que abandonando sus bienes, salvase su vida en un barco, llevando consigo la simiente de existencia de todos los seres para conservarlos. Xisuthros le preguntó hacia dónde había de ir, y le contestó Belo que hacia los dioses. El rey construyó entonces un barco untado con betún, en el cual entró con su oro y objetos preciosos, su mujer é hijos, sus servidores de ambos sexos, y animales domésticos y silvestres. El día anunciado, dioses y genios hicieron que empezara la lluvia, la cual duró seis días y seis noches, y fué tan tremendo el diluvio, que temerosos de él los mismos dioses, subieron hasta el firmamento de Anu. Al amanecer el séptimo día, se apaciguó la tempestad y la humanidad entera (menos los refugiados en el arca) había perecido.

El barco que guardaba los destinos de la raza humana varó en el país de Nizir, sobre la cumbre de los montes Gordienos. Soltó el rey al amanecer el séptimo día, una paloma que volvió por no encontrar dónde posarse, y una golondrina á la cual ocurrió lo mismo, y un cuervo que al ver bajar las aguas, regresó graznando, se alejó de nuevo y no volvió. Xisuthros dió libertad entonces á los demás animales, é hizo un altar al pie de la montaña. Belo, enfurecido al ver que no habían perecido todos los hombres, quiso acabar con los que quedaban, pero las súplicas de Xisuthros aplacaron sus iras y consintió en perdonarlos. Se llevó el dios consigo á Xisuthros y á su mujer, y cuando llamaron á éstos los que quedaban en el arca, una voz del cielo les dijo que ambos estaban con los dioses, ordenando además á los supervivientes que volvieran á Babilonia, lo cual hicieron, reconstituyendo la ciudad.

La raza que engendraron fué monstruosa. La leyenda caldea guarda el nombre de los gigantes rebeldes Etana ó Titán, Ner y otros igualmente formidables. Cuéntase que los primeros hombres, engraidos con su fuerza y su magnitud, menospreciaron á los dioses y se creyeron superiores á ellos, edificando una torre altísima, donde ahora está Babilonia. Ya se acercaba al cielo, cuando los vientos, obedeciendo á los dioses, derribaron el edificio encima de sus constructores. Sus ruinas se lla-

man Babel. Hasta entonces los hombres habían tenido un solo idioma, pero los dioses los obligaron á usar desde entonces diferentes lenguajes. Como advertirá el lector, la misma historia, con escasa variación de forma, se encuentra en los libros sagrados de los hebreos que luego han servido para el cristianismo. La torre, según los caldeos, se componía de siete terrazas superpuestas, consagradas cada una á un dios diferente y pintadas del color correspondiente al dios. Cada terraza formaba un cuadrado perfecto, y era más pequeña que la inferior, de modo que el edificio parecía una vasta pirámide con graderías anchas en la base y estrecha en el coronamiento. Las caras del edificio, y no las esquinas, estaban orientadas hacia los puntos cardinales, contra el uso babilónico.

Inmediatamente después del diluvio y de la confusión de lenguas, empezó á reinar la pri-



Infantería egipcia con escudo, lanza y hacha.

mera dinastía humana, que, según Beroso, era caldea, y contó 86 reyes, que gobernaron durante treinta y cuatro mil ochenta años. Los primeros, Evekhus y Khomarbelos, reinaron dos mil cuatrocientos y dos mil setecientos, respectivamente. Otros dicen que la dinastía contó siete monarcas: Evekhus, Khomasbelos, Poros, Nekhubas, Nabios, Oniballos y Zinziros, y duró doscientos veinticinco años. No hay que atribuir ningún valor histórico á esos nombres, ni se pueden tener por verosímiles los guarismos indicados. Los caldeos habían llenado las épocas primitivas de su historia de fábulas épicas, cuyos residuos conservan la leyenda y las inscripciones. Al Norte, según los hebreos, vivía Nemrod, que empezó á ser poderoso en la tierra, gran cazador ante el Eterno. Josefo le atribuyó la construcción de la Torre de las Lenguas. Los intérpretes cristianos le identificaron con Belos. La leyenda musulmana dice que arrojó al judío Abraham en un horno ardiente, y que quiso subir hasta el cielo, montado en un águila. Todavía enla-